

CAPÍTULO X

TEODOSIO

Animados de sentimientos más generosos y deseando sinceramente el bien público, Graciano, soberano del mundo á la edad de diecinueve años, tuvo suficiente virtud para conocer que no podía sostener por sí solo tamaña carga. Tenía delante de sí un millón de godos envanecidos por la mantanza de cuarenta mil guerreros, habiéndoles entregado sus armas y sus caballos una victoria tan insigne, que uno de sus jefes exclamaba: *Por lo que á mí hace estoy cansado de matar, y me extraña mucho que un pueblo que huye delante de nosotros como un rebaño de ovejas, ose todavía disputarnos sus bienes y sus provincias* (1). Detrás de él se agitaban los germanos amenazando las Galias. Mostrándose temibles los persas á una extremidad del mundo romano y los escotos á la otra, habiendo aprendido todos por experiencia que Roma podía ser vencida y que sus emperadores podían ser encadenados ó muertos.

Resolvió, pues, escoger para colega suyo, no á un niño, á quien la casualidad hiciera nacer bajo la púrpura, sino á un hombre de valor igual á la gravedad de las circunstancias, y fijó sus ojos en un desterrado, en un guerrero ofendido, que ni siquiera ambicionaba el trono. Ya hemos hablado muchas veces de Teodosio, conde español, que hizo triunfar las armas de Valentiniano en África y en Bretaña (376), pero á quien la envidia quitó los grados y por último la vida.

Teodosio.—Se había esmerado en dar á su hijo, llamado también Teodosio, una educación liberal, al mismo tiempo que le acostumbraba con su ejemplo á la disciplina militar, y el mancebo tuvo numerosas ocasiones de acreditar su valor contra los

(1) San Juan Crisóstomo, ap. TILLEMONT, *Historia de los emperadores*, V, 152.

más diferentes enemigos. Su denuedo sin igual en las acciones de guerra le valió ser nombrado gobernador de la Mesia, que salvó de los sármatas, pero no le perdonó la envidia de la corte, y cuando su padre fué decapitado en Cartago, se retiró á su patria, donde dividió su tiempo entre sus deberes de ciudadano y la tranquila administración de un vasto dominio que poseía en Cauca, entre Valladolid y Segovia. Era padre de tres hijos, Arcadio, Honorio y Pulqueria. (2)

Allí fue donde el Cincinato de la decrepita Roma oyó llegar hasta su morada (19 de enero de 379) la voz de Graciano, que le llamaba ante todo á combatir en defensa del imperio, y á ser después partícipe del trono. Tenía el emperador bastante fe en Teodosio para temer que la venganza pesara más en su corazón que el bien público. Acababa de cumplir entonces 33 años, y el pueblo, que admiraba su varonil belleza, su ademán magistoso, moderado por la gracia, recordaba agradablemente que su patria era la de Trajano y de Adriano, de quienes se esperaba que siguiera las huellas.

Tocáronle á Teodosio las provincias gobernadas por Valente, y además la Dacia y la Macedonia; Graciano se reservó las Galias, España y Bretaña. La Iliria Occidental (3), la Italia y el África

(2) Véase P. ERASMO MULLER.—*De genio moribus et luxu sæculi theodosiani*. Copenhague, 1798. Obra excelente. STUPFFEN.—*De Teodosio magni in rem christianam meritis*. Lovaina, 1838.

FLECHIER.—*Vida de Teodosio*. Paris, 1679, 2 tomos. DE BROGLIE, *La Iglesia y el Imperio romano en el siglo IV*.

(3) Desde este momento fue dividida la Iliria en Oriental y Occidental: comprendía la primera la Macedonia, el Epiro, la Tesalia, la Acaya, la Creta y las islas, la Mesia

quedaron en el nombre bajo la autoridad de Valentiniano II.

El desaliento en que la derrota de Adrianópolis había sumido á los romanos, era mayor que el estrago efectivo, y hacia considerar como irremisiblemente perdido un imperio cuyos abundantes recursos bastaban á reparar más enormes desastres. Mas para no arrostrar un enemigo lleno de orgullosa confianza con tropas desalentadas, Teodosio estableció sus cuarteles en Tesalónica, desde donde podía observar los movimientos de los bárbaros y dirigir á sus lugartenientes. Hizo reforzar las guarniciones, y aumentar los medios de defensa de las ciudades, restableció el orden y la disciplina, y reanimó el valor con ayuda de pequeñas escaramuzas que no tenían otro objeto que aguerrir á los soldados, poniéndoles de manifiesto que los bárbaros no eran invencibles.

Teodosio había comprendido como hombre prudente que un pueblo entero no podía permanecer en cuerpo de ejército por largo tiempo. Con efecto, á la muerte de Fritigerno, se diseminaron los godos por bandas, que recorriendo el país en todas direcciones destruían á su tránsito lo que no podían llevar consigo, y preparaban con aquellos momentáneos triunfos su futura ruina. En breve se suscitó entre ellos la discordia, prestándose poco los intereses particulares de cada una de sus tribus al pensamiento único de la conquista. Modar, príncipe de la raza de los Amalos, se pasó á los romanos, y habiendo obtenido un mando de importancia, atacó de improviso á sus compatriotas, los hizo pedazos y volvió al campamento con un inmenso botín y cuatro mil carros. Entonces los restos del ejército de Fritigerno se reunieron voluntariamente á los compañeros de Atanarico, que espectador hasta aquel momento de la lucha, salía entonces de su retiro. Pero en vez de guiar á los godos á nuevos combates, prestó oídos á las proposiciones de Teodosio, que habiéndole salido al encuentro á distancia de muchas millas, le llevó á Constantinopla, donde le trató con amistosa magnificencia. Asunto de tristes reflexiones hubo de ser para los admiradores del antiguo tiempo ver la majestad del imperio envilecerse hasta el punto de hacer la corte á un bárbaro. El rey godo, para quien Constantinopla era objeto de admiración continua, exclamaba que el emperador de los romanos era un dios sobre la tierra, y que levantar la mano en contra suya era hacerse culpable hasta el punto de merecer la muerte (4).

Murió dentro de los muros de aquella capital, y mandándole hacer Teodosio magníficas exequias, se grangeó el afecto de los godos, de manera que se alistaron á porfía bajo sus banderas. A ejemplo

inferior, la Dardania y la Dacia, más acá del Danubio. La Iliria Occidental se componía de la Mesia superior, de la Savia, de las dos Panonias y de las dos Nóricas.

(4) JORNANDES, cap. 28.

suyo todos los jefes de bandas se apresuraron á obtener su tratado particular, hasta el extremo de que aquellos que amenazaban el imperio cuatro años antes, le prestaron entonces auxilio con sus armas.

Acosados también los ostrogodos por el deseo de buscar nuevas aventuras, habían abandonado las provincias del Danubio: retrocediendo luego se preparaban á pasar el río, cuando el general romano hizo que les insinuaran hombres traidores que atacaran el campamento por sorpresa. En medio de la obscuridad de la noche se metieron todos en barcas hechas de un sólo tronco de árbol (5), y se adelantaron hacia la orilla; pero cuando se acercaron á ella chocaron en una triple hilera de buques encadenados que rompieron su línea, mientras que cayendo galeras empujadas por la corriente y á fuerza de remo sobre aquella flotilla, la echaron á pique con el rey que la mandaba.

Imploraron gracia los vecinos, y así fue como Teodosio, no teniendo ya que temer nada de aquella gran nación dominada en todos los puntos, la distribuyó por numerosas colonias en la Tracia, en la Frigia, en la Lidia y en otras comarcas fértiles, hoy día desiertas, eximiéndoles de impuestos y suministrándoles bestias y granos. Reunidos allí en aldeas conservaron los godos su idioma, sus usos y su tosca libertad, reconociendo la supremacía del emperador, pero no quisieron aceptar las leyes ni la jurisdicción de los magistrados del imperio. Ya no tuvieron más reyes, y mandaron tanto en paz como en guerra los jefes de las tribus y los de las familias. El contingente que suministraban al ejército para servir á las órdenes de generales escogidos por el emperador, era de cuarenta mil auxiliares, bajo el nombre de federados, distinguidos por collarines de oro, y disfrutando de un pingüe salario y de grandes privilegios.

Divulgóse entre ellos la civilización en sus nuevas habitaciones con el cristianismo: se dedicaron á la agricultura, y el capadocio Ulfila, su obispo, acomodó el alfabeto griego á su idioma, al cual tradujo los Evangelios; pero comunicó á su nación el arrianismo.

Amaban los godos á Teodosio, como si su conducta fuera hija del afecto que les profesara (6). Afligíanse en su consecuencia los romanos, y sin embargo se resignaban pensando en los estragos de la guerra, en la imposibilidad de desembarazarse de otro modo de aquellas formidables tribus: por otra parte esperaban que la civilización y las ideas religiosas suavizaran aquellos ánimos indó-

(5) *Μονόζυλα* ZOSIMO, IL IV; y CLAUDIANO, in IV, cons. Honorii, 623.

*Ausi Danubium quondam tranare Gruthungi
In lintres fregere nemus; ter mille ruebant
Per fluvium plena cuneis immanibus alni.*

(6) *Amator pacis generisque Gothorum*. JORNANDES, cap. 29.

ciles, y les parecía cómodo ser defendidos por extranjeros brazos.

¡Cuántas veces no han sido defraudados los pueblos en sus más caros intereses por estos nombres de paz y de seguridad! Para todo el que reflexiona, era fácil preveer que los ciudadanos perderían en breve de aquel modo el hábito de las armas y que se hallarían entregados sin defensa á la invasión extraña ó á la rebelión doméstica. Teodosio fué poderosamente auxiliado en sus guerras por los godos; pero qué confianza se podía depositar en gentes que por interés ó por ligereza desertaban en medio de una campaña ó se entregaban al saqueo en las provincias amigas y cuyo soberbio continente revelaba en tiempo de paz el desdén que el hombre sin educación alimenta respecto de todo el que parece cederle en fuerza? Entre los mismos godos federados había algunos que, más inclinados á la tranquilidad y más fieles, tenían por caudillo á Fravita, jóven de sentimientos generosos y de suaves costumbres; á la par que el feroz Priulfo, siempre propenso á los partidos extremos, no conocía más omnipotencia que la de la espada. Ambos se hallaban un día á la mesa de Teodosio en ocasión de una solemnidad, cuando olvidando el respeto en medio de las copas, pasaron á vías de hecho. El primero dió muerte al segundo, que hubiera sucumbido á los golpes de los soldados de Priulfo, á no ser defendido por los guardias del emperador.

Encontrábase encomendada la fortuna romana á dos príncipes de mérito efectivo. Graciano puso freno á las persecuciones que los arrianos habían ejercido en Oriente, proclamando que eran toleradas todas las creencias cristianas (7). También protegió las letras y las cultivó él mismo; hallando en medio de las fatigas de la guerra espacio para cantar las hazañas de los héroes y para pulsar la lira con una mano acostumbrada á manejar la espada (8). Confió el consulado á Ausonio su maestro, con el derecho de gastar una toga semejante á la que se vestían los emperadores para el triunfo, y mantuvo continuas relaciones de amistad con

(7) Acaso solo en Oriente, pues vemos á los donatistas proscritos en Occidente, y hallamos prohibida á todos los herejes la predicación de su doctrina en el edicto de Milán de 3 de agosto de 379.

(8) A pesar de su exageración, merecen ser copiados los elogios que le tributa Ausonio con este motivo:

*Arma inter, Chunosque truces, furtoque nocentes
Sauromas, quantum cessat de tempore belli,
Indulget clavis tantum inter castra Camanis.
Vix posuit volucres stridentia tela sagittas,
Musarum ad calamos fertur manus: otia nescit,
Et commutata meditatur arundine carmen.
Set carmen non molle modis: bella horrida Martis
Odrysi, tressaque viraginis arma retractet.
Exulta, Æacides, celebraris vate superbo.
Rursus, rumanunque tibi contiguat Homerum.*

Epig. I.

San Ambrosio, obispo de Milán. Pero el fin de su reinado no correspondió á la manera con que lo inaugurara, pues habiendo muerto los que le habían inclinado al bien, le extraviaron indignos cortesanos.

Rebelión de la Bretaña.—Tan pronto entablaba vanas discusiones con los obispos, cuyan intelerancia secundaba á veces, como prodigaba en partidas de caza su tiempo y sus tesoros. Un cuerpo de alanos, gentes habilísimas en este ejercicio, habían merecido por esta circunstancia su particular valimiento; les había confiado la custodia de su persona, y se presentaba frecuentemente á las legiones vestido y armado á la usanza de estos septentrionales. De este modo se enajenaba el afecto de los soldados sin emplear con ellos un vigor ageno de su carácter. Por último vino á estallar una sedición militar en la Bretaña (382?). No habiendo obtenido Magno Máximo, compatriota y compañero de armas de Teodosio, un puesto que satisficiera su ambición, fomentó el descontento de las tropas, y haciéndose proclamar emperador, pasó á las Galias, según se dice, con treinta mil soldados y cien mil bretones.

Muerte de Graciano.—Animoso y digno del trono, si hubiera aspirado á obtenerlo por medios más honrosos, reclutaba cada día nuevos parciales, y aun aquellos más próximos á Graciano abrazaban su causa. Este huía de París á Lion para acercarse á Italia, cuando cayendo en un lazo fue muerto á la edad de veinticuatro años (25 de agosto de 383). Había reinado dieciseis años á contar desde el tiempo en que había sido nombrado agusto, y ocho desde el día en que sucedió á su padre.

Meltobaud, rey de los francos, y Valión, ambos generales de Graciano, fueron los únicos que el usurpador condenó á muerte. Se asoció Flavio Victor, su hijo, y fijando su residencia en Tréveris, extendió su autoridad á la España, á la Galia y á la Bretaña. Los que habían abandonado esta isla con Máximo, se establecieron en la Armórica, que desde entonces fue también denominada Bretaña (9).

Máximo envió su primer canciller á Teodosio, para justificarse y pedirle que le reconociera por colega: pronto, en el caso de una negativa, á hacerle frente con las fuerzas de los países más florecientes del imperio. La necesidad y el deseo de evitar una guerra civil determinaron á Teodosio á acceder á su deseo. En todas partes fueron proclamados los tres emperadores (19 de enero de 385), y Arcadio, de edad de seis años, fue proclamado agusto por su padre.

No sabiendo Máximo limitar su ambición á tres

(9) Según la leyenda, las once mil vírgenes compañeras de santa Ursula, asesinadas en Colonia por los hunos, estaban destinadas á aquellos emigrados bretones. Algunos niegan esta primera emigración británica á la Armórica.

vastos reinos los esquilmo para armar una multitud de bárbaros contra la Italia. Bajo pretexto de suministrar auxiliares envió (387) all un cuerpo de tropas, que pasando los Alpes sin esgrimir las armas, le aseguró la entrada de la península. Valentiniano II ó mejor dicho Justina, que reinaba en su nombre, huyeron entonces de Milán, y ganaron á Tesalónica, donde fueron recibidos por Teodosio con todos los miramientos debidos á su clase y á su infortunio. Después de haber debatido por largo tiempo en su consejo la cuestión de declarar la guerra á Máximo, se decidió á ello, determinado también por los encantos de Galia, hermana de Valentiniano, á quien tomó por esposa.

Después de haber hecho su entrada triunfal en Milán, volvía Máximo á sus cuarteles de la Panonia, cuando adelantándose Teodosio á la cabeza de un ejército aguerrido, cayó sobre él con tal velocidad, que le encerró en Aquilea. Allí fué preso (27 de agosto de 388), despojado por los suyos y conducido á presencia de Teodosio, quien le hizo dar muerte para vengar á Graciano. Habiendo puesto así término á la guerra civil entró en triunfo en Roma.

Carácter de Teodosio I.—Y tenía derecho á ello. Había reprimido á los bárbaros; reclamaban su amistad los persas; sus súbditos le daban testimonio de su amor y de su agradecimiento. Casto y morigerado en sus costumbres privadas, aunque naturalmente inclinado á los placeres del amor y de la mesa, se mostró afectuoso y complaciente con sus deudos, y educó sus sobrinos como á sus propios hijos. Afable en la conversación cambiaba de tono según las personas á quien se dirigía. Escogía sus amigos entre los hombres de más estima, daba los empleos y las recompensas á quienes se hacían más dignos de ello, no le inspiraba el mérito ninguna envidia, ni olvidaba jamás los beneficios. En medio de los cuidados que reclamaba tan vasto imperio, le quedaban algunos ocios para consagrarse á la lectura, especialmente de la historia, juzgando los sucesos antiguos, indignándose de las crueldades de Cinna, de Mario, de Sila, y buscando en lo pasado lecciones para lo venidero.

No le cegaba la prosperidad y extirpó hasta los gérmenes de la guerra civil con el perdón y con la templanza. Tomó bajo su protección la anciana madre de Máximo, educando á sus hijas, y envió socorros y larguezas á las provincias que se habían sublevado. Es verdad que el triunfo que aseguró al cristianismo y á la fe ortodoxa hizo que el prodigaran elogios, que pueden creerse exagerados, todos los creyentes, si bien por otra parte sus más encarnizados enemigos no podrán negarle relevantes prendas. Censúrasele por sus voluptuosos solaces tan luego como cesaron las lides; pero para templar el aserto de un escritor hostil á su persona, conviene decir que no reconocía por causa el ejemplo del emperador la indolencia con que se entregaban los ricos de entonces á los deleites munda-

nos; era resultado de las circunstancias, de aquella incertidumbre del mañana, que arrancaba toda noble esperanza y convidaba á gozar á ciegas de una vida siempre próxima á extinguirse.

Su valor rayaba á veces en lo temerario. Constantemente ocupado Zósimo en denigrarle, cuenta que hallándose infestada la Macedonia de bárbaros, que habían empuñado las armas á instigación de Máximo, y cuyas guaridas no podían ser descubiertas, se puso á perseguirles Teodosio personalmente. Acompañado sólo de cinco hombres decididos llevando cada uno tres caballos de remuda, hizo una batida en el país, disfrazado, y alimentándose con lo que encontraba en las chozas de los montañeses. Habiendo llegado de noche á una miserable taberna reparó allí en un hombre que parecía observarlo todo y á quien tuvo por sospechoso: mandó que le pretendieran y le pusieran en el tormento, y dándose á conocer le indujo á confesar que era espía de los bárbaros. Con las noticias que éste le dió los atacó con grave riesgo de su vida.

En un tiempo en que se disolvía el Estado no perdió una pulgada de territorio; vióse obligado no obstante, á aumentar los impuestos y á administrar con un rigor próximo á la tiranía, único refugio del decadente imperio. Acrecentaban aún más aquel rigor accesos de cólera á que se abandonó á veces hasta el punto de conservar eterno arrepentimiento. En vano su excelente esposa Flacila procuraba entonces moderarle, murmurando á su oído: *Acuérdate de lo que eras y de lo que eres.*

Tumulto de Antioquía.—El décimo año de su reinado (389) debía ser celebrado con solemnidad, y había mandado que se distribuyera una gratificación en dinero, á cargo de los ciudadanos, á los soldados. Contra esta obligación empezaron á murmurar los habitantes de Antioquía: exasperados luego por la actitud severa de los magistrados pasaron á las injurias, y derribando las estatuas del emperador y de su familia las arrastraron por las calles. Reprimió la sedición un cuerpo de arqueros; inmediatamente después los que temblaban poco antes y los que amenazaban enviaron al emperador, cada cual por su parte, unos un relato acusador, otros súplicas y ruegos. Fácilmente se puede imaginar la ansiedad de los ciudadanos, durante el intervalo de tiempo que tardaron en llegar aquellos despachos á la capital, á quinientas millas de distancia. Al fin llegó la sentencia después de veinticuatro días de cruel incertidumbre. Había indignado al emperador especialmente la circunstancia de recibir aquel ultraje de Antioquía, ciudad que había hermoñado y donde había residido algún tiempo. Allí se había hecho amar Flacila, visitando á los pobres y enfermos, en las casas y en los hospitales, cuidándoles con sus propias manos, distribuyéndoles víveres y socorros, y velando por ellos. Condenó pues, á Antioquía á ser despojada de todas sus prerogativas y rentas y á ser subordinada á Laodicea; á la clausura de los baños, del

teatro y del circo; á no tener ya distribuciones de trigo. El general Elebico y Cesario, ministro de Estado, estaban designados para citar á su tribunal en el foro á los nobles y á los principales ciudadanos, y encargados de investigar, con ayuda del tormento, á cuantos habían insultado á las estatuas imperiales, á fin de que fueran castigados con la confiscación y con la muerte.

El obispo Flaviano partió de Antioquía para apelar á la clemencia de Teodosio. Permaneciendo Juan Crisóstomo en medio de los ciudadanos les presentaba aquella prueba como un castigo de sus pecados, empleando razones y súplicas en favor de los infelices á quienes procuraba prodigar consuelos en tan terrible situación (10). «Esta ciudad se halla despoblada por el miedo y por el infortunio; la patria, cosa la más dulce para los hombres, ha venido á ser la más amarga. Huyen los ciudadanos del lugar que les ha visto nacer como se huye del suplicio; se alejan de él como de un abismo; le evitan como un incendio. Cuando se prende fuego á una casa, no solo la abandonan los habitantes, sino que hasta las casas vecinas quedan desiertas; todo se desempara á trueque de salvar la vida. Así mientras la cólera del emperador pesa sobre esta ciudad como las voraces llamas, todos huyen antes que el incendio propague sus estragos, y se considera como una felicidad poder sobrevivir á ellos.»

En seguida, á semejanza de Escipión, aparta á los ciudadanos del designio de abandonar la patria; pintar las crueldades ejercidas en el pretorio, donde ha ido á acompañar á sus hermanos, y toma ocasión del exceso de los males padecidos, para reprender los pecados cometidos antes, los odios, la maledicencia, las blasfemias; haciendo esperar que la solemnidad de la próxima pascua, será un día de reconciliación entre el príncipe y el pueblo.

Los filósofos, de que había grande afluencia en Antioquía, abandonaron la afligida ciudad; pero los monjes de aquellos contornos salieron de sus retiros con el fin de aplacar á los ministros de la venganza imperial. Uno de ellos, Macedonio, sin más autoridad que la que su virtud le infunde, detiene en la calle á los dos comisarios y les dice: «Por elevado que se halle el emperador siempre es un hombre, y por consiguiente, está obligado á pensar en su naturaleza, no menos que en su categoría. Aquellos á quienes manda son, lo mismo que él, imagen de Dios supremo; cuide, pues, de no provocar al Omnipotente destruyendo las imágenes vivas de la naturaleza divina, para vengar un ultraje dirigido contra las imágenes inanimadas de su cuerpo. Es fácil substituir otras estatuas á las que son destruidas, pero todo su poder no bastaría á

(10) Poseemos veinte discursos de los pronunciados á la sazón por el Crisóstomo.

devolver una de las muchas vidas que ha arrancado (11).

Todos los anacoretas manifestaron enseguida

(11) Los discursos XIII, XX y XXII del Crisóstomo se refieren á hechos de esta especie: «¿Quién no se sorprende, dice, quién no se admira de su sabiduría? Descubriéndose la madre de un acusado la cabeza, enseñando sus canas, ase por la brida del caballo de un juez, y corriendo al centro del foro, entra á su lado en el pretorio. Todos se maravillan de ver tal valor y piedad tanta: ¿cómo no admirar, pues, á los monjes? Aunque aquella madre hubiera muerto por su hijo, no había que estrañar, porque el vínculo de la naturaleza es poderoso, é invencible la fuerza de la sangre. Pero éstos no han engendrado, no han criado; ni aun siquiera conocían á aquéllos á quienes sólo ha dado á conocer el actual infortunio, y á quienes amaron hasta el extremo de que si hubieran tenido un número infinito de almas, todas las hubieran dado por salvarles. No se me diga que no han sido muertos, que no se ha derramado su sangre, pues han usado respecto de los jueces de tal libertad, que sólo podría esperarse de personas que han resuelto renunciar á la vida, y con la voluntad de hacer el sacrificio de ella, bajaron de sus montañas al foro. Si no hubieran preparado de antemano su alma á todos los suplicios, no hubieran hablado con tanta audacia y energía á los jueces. Todo el día permanecían á la puerta de los magistrados, prontos á arrancar de manos de los verdugos á cuantos eran conducidos á los calabozos. ¿Dónde se hallan esos filósofos profanos, que llevan el manto y larga barba, la varilla en la mano, cínicos descarados, más miserables que los perros que se arrastran debajo de las mesas y todo lo hacen por el vientre? Todos han abandonado la ciudad, han desertado y se han escondido en las cavernas. Pero los que manifiestan en sus obras una verdadera filosofía, cual si nada hubiera acontecido en la ciudad, se han presentado intrépidos en el foro. Volaron los ciudadanos á las montañas, á los desiertos; y los que habitaban en los desiertos y en las montañas corrieron á la ciudad, haciendo ver con sus obras que el que vive virtuoso, no puede ser tocado ni aun por el fuego del horno; tan sublime es la sabiduría del alma, ora en la prosperidad, ora en la aflicción: porque el verdadero sabio no se adormece en la primera como tampoco se contrista ó desanima en la segunda, sino que despliega siempre la misma virtud, la misma energía. ¿Y quién no se abatiría en las angustias del tiempo presente? Los ciudadanos más antiguos de nuestra república, que habían amontonado infinitas riquezas y disfrutaban de la intimidad del príncipe, han abandonado sus moradas, buscando medios y consejos para salvarse. Rompiendo los vínculos de la amistad y de la familia, deseaban entonces no conocer á ninguno de los que tenían poco antes por amigos, y no ser reconocidos por los demás. Pero los monjes, hombres pobres, sin poseer más que un tosco manto, acostumbados á una vida áspera y á no mostrarse á nadie, recorriendo los montes y las selvas como leones, si bien provistos de una resolución sublime, cuando los demás temblaban de espanto, fueron los únicos que permanecieron firmes en medio de tan terribles tempestades, y las disiparon, no tras largos días, sino en un momento. A semejanza de aquellos generosos atletas ante los cuales se retiran los adversarios, no digo después de haberles estrechado apenas, sino sólo al verse en su presencia y no más que al oír su nombre, de la misma manera estos en un sólo día se presentaron, hicieron oír su acento, disiparon todo terror y volvieron á sus habitaciones. ¡Tanta virtud tiene la filosofía introducida por Cristo!»

intención de ir juntos á Constantinopla á fin de implorar la clemencia del emperador, si bien los dos ministros prometieron llevarle la súplica redactada por ellos, y, enternecidos de tanto sacrificio, partieron á consultar la voluntad del soberano del imperio. Acordándose Teodosio, cuya cólera se había apaciguado, de las palabras de Flaviano, según las cuales el mayor homenaje que se puede tributar á la religión era imitar á su fundador divino, perdonando á semejanza suya, concedió una amnistía generosa. Fueron devueltos los bienes confiscados, y Antioquía tornó á ser capital del Asia. El emperador alabó y recompensó á los que habían sabido resistir su cólera, haciéndoles experimentar cuan dulce era perdonar. *Cese*, exclamaba Juan Crisóstomo, *cese la ceguedad de los paganos, y al saber por un emperador y por un obispo cual es nuestra filosofía, renuncien á sus errores para abrazar una religión que engendra tan eminentes virtudes*. De este modo, no teniendo todavía poder la Iglesia para elevar al pueblo á la completa inteligencia de sus derechos, templaba los furios de los grandes, recordándoles sus deberes.

Tesalónica.—Tesalónica tuvo que sufrir más rudos golpes. Situada esta ciudad favorablemente en un profundo golfo, punto de escala para la Tesalia, y centro del comercio de Roma, había recibido su nombre de la mujer de Casandro, hermana de Alejandro Magno. Consagrada á los dioses cabiros, y á Vénus de la Terma, se aumentó en gran manera bajo la dominación de los reyes macedonios. Conociendo los emperadores romanos su importancia, como puerto de mar, para el comercio, la hermosearon con monumentos. En ella construyó Nerón un vasto pórtico corintio, con dos hileras de estatuas, notables por lo esmerado de su trabajo y por la obscenidad de sus actitudes. Trajano mandó erigir allí, tomando por modelo el Panteón, la rotonda de los Cabiros: Marco Aurelio un arco de triunfo: otro fué elevado por Constantino (12).

En tiempo de Teodosio la guarnición de la ciudad estaba mandada por el general Boterico. Un mancebo esclavo que tenía, excitó la codicia impura de un cochero del circo, á quien Boterico mandó encarcelar. Enfurecido entonces el pueblo acometió al comandante, le asesinó, así como á muchos de sus principales oficiales, y arrastró sus cadáveres por las calles (390). Sabedor Teodosio en Milán de atrocidad semejante, experimenta violenta ira, y prestando menos oído á los consejos de los obispos que á las lisonjas del ministro Rufino, dá orden de que los bárbaros descarguen la espada sobre todos los habitantes, inocentes ó cul-

(12) Esta ciudad fué devastada más tarde por los árabes bajo León el Filósofo; luego por Guillermo, rey de Sicilia, últimamente por Amurat II. Volvió á levantarse no obstante, y aún la habitan dieciséis mil griegos, doce mil judíos y cincuenta mil turcos.

pables. Invitados los ciudadanos á los juegos en nombre de Teodosio, se dirigen al circo; pero apenas está henchido de gente, pues hasta tal punto hacía enmudecer á la desconfianza la afición á las diversiones, se precipitan allí los soldados con las espadas desnudas, y ejercen por espacio de tres horas una matanza, cuyas víctimas ascienden de siete á quince mil de todos sexos, edades y condiciones. Un mercader extranjero ofrecía cuanto poseía y hasta su existencia para rescatar la de uno de sus hijos, pero mientras vacila en la horrible elección, el sicario degüella á ambos delante de sus ojos.

Ambrosio, obispo de Milán, quedó poseído de horror cuando supo aquella carnicería, y á fin de ejercer su piedad y de evitar la presencia de Teodosio, se retiró al campo. Enseguida escribió cartas al emperador reconviéndole por su conducta, exhortándole á hacer penitencia derramando ardientes lágrimas, y advirtiéndole que no llevara su osadía hasta el punto de acercarse al altar del Dios de la misericordia, con las manos teñidas todavía en la sangre del inocente. Aquellas reconversiones hicieron volver en su acuerdo á Teodosio, y como desgraciadamente no podía remediar el mal que había causado, se dirigió á la basílica de Milán para hacer penitencia: pero en el momento en que sentaba su planta en el umbral del templo, sale Ambrosio á su encuentro bajo el vestíbulo, y le declara que habiendo sido público el delito, debe sujetarse públicamente á la venganza divina. Nunca quiso recibirle en el lugar santo, interin no tomara la firme resolución de sufrir la penitencia canónica. Deponiendo el emperador las insignias del poder supremo se presentó como suplicante en medio de la iglesia, se confesó culpable, y á este precio obtuvo al cabo de ocho meses indulgencia y su reintegración en la comunión de los fieles. De aquí resultó un edicto que encomendaba dejar siempre un término de treinta días entre la sentencia de los jueces y su ejecución (13).

Todavía es más digna de pasar á la posteridad otra ley de él emanada, y la copiamos aquí para ejemplo de los reyes: *Si alguno se permite por imprudencia injuriar nuestro nombre con términos malvotos é inconsiderados, y se hace por orgullo detractor turbulento del tiempo presente, prohibimos que se le imponga ningún castigo, ni mal tratamiento: si la ofensa proviene de ligereza, conviene*

(13) Schoel (*Historia de la literatura latina*, t. IV, página 45), condena este acto magánimo. Nada, dice, le daba el derecho para erigirse en juez de su soberano, y humillarle imponiéndole un castigo público que miraba su siglo como infamante. Para que este pasaje no sea absurdo, hay que substituir al nada, el Evangelio; y á su siglo, nuestro siglo. Continúa en el mismo tono para decirnos que es imposible no reconocer aquí la arrogancia de un sacerdote que se reputa superior á toda autoridad civil.

despreciarla, si de locura, compadecerla, si de perversidad, perdonarla (14).

No vinieron los hechos á desmentir las palabras, pues habiéndose descubierto una conspiración en Constantinopla, y siendo condenados á muerte, Teodosio perdonó á todos y no quiso que se buscara á sus cómplices (15), añadiendo: *Ojalá pudiera devolver la vida de los muertos* (16).

Valentiniano II.—Aunque pudo sin obstáculo y casi sin suscitar quejas, reunir toda la autoridad en sus manos, apartando de ella al joven Valentiniano II, respetó su debilidad y le repuso en el trono, agregando á sus Estados las provincias arrancadas á Máximo más allá de los Alpes. Justina, que había gobernado en nombre de su hijo y excitado disturbios en la Iglesia favoreciendo á los arrianos, tardó muy poco en bajar al sepulcro, y Valentiniano adoptó la fe verdadera (388): así aumentó el amor y la estimación que le habían conquistado la pureza de las costumbres, su aplicación á los negocios, sus virtudes domésticas, y su celo por la justicia.

Censurado por su excesiva afición á los juegos del circo y á las luchas de los animales, se abstuvo de estos espectáculos completamente, así como multiplicó los ayunos para desmentir la acusación de intemperancia. Habiendo sabido que una cómica de Roma ejercía sobre la juventud poderoso ascendiente, la llamó á la corte y luego la despidió, sin haberla visto, para dar ejemplo. Profesaba extraordinario cariño á sus hermanas; pero sabedor de que estaban en pleito con un huérfano sobre ciertos dominios, remitió la decisión del litigio al juez ordinario, y las persuadió enseguida á que renunciaran á sus pretensiones (17). Sus virtudes no impidieron que encontrara un traidor.

Argobasto, franco de extremada bizarría, ocupaba el segundo puesto en el ejército de Graciano, y cuando éste murió puso su brazo al servicio de Teodosio y le ayudó á vencer. De este modo había obtenido el valimiento del emperador y pensó en aprovecharse de su privanza para trastornar el imperio de Occidente. Distribuyó los puestos más importantes en el ejército y en la administración civil de las Galias á sus hechuras, y resultó de esto que Valentiniano se halló en Viena como prisionero en medio de sus secretos ene-

(14) *Si quis, modestia nescius et pudoris ignarus, improbo petulantique maledicto nomina nostra crediderit laceranda, ac temulentia turbulenti cōtractator temporum fuerit, cum pœnæ nolumus subjugari, neque durum aliquid nec asperum sustinere; quoniam si id ex levitate processit, contemnendum est; si ex insania, miseratione dignissimum; si ab injuria, remittendum. Unde, integris omnibus, ad nostram scientiam referatur, ut ex personis hominum dicta pensemus, et utrum prætermitti an exquiri debeat censeamus.* Cod. Teod., IX, 7, l. 1.

(15) TEMISTIO, *Orat.* XIX.

(16) S. JUAN CRISÓSTOMO, *Orat.* VI

(17) S. AMBROSIO, *De obitu Valentiniani.*

migos. Recurrió á Teodosio para que lo ayudara á librarse de aquel cautiverio, y haciendo venir á Argobasto, le recibió sobre su trono, desde donde le intimó que hiciera dimisión de sus empleos; pero el franco le respondió de este modo: *Mi autoridad no depende de la sonrisa ó del fruncimiento de cejas de un monarca*; y tiró al suelo el pliego en que se le comunicaba aquel mandato. Difícilmente pudo contenerse Valentiniano para no cometer un acto de violencia; pero pocos días después se encontró degollado al emperador dentro de su tienda (15 de mayo de 390).

Todos adivinaron la mano de donde había partido el golpe: Argobasto lo había dispuesto todo para que redundara en provecho de su ambición aquel desafuero. Sin embargo, no osando ceñirse por sí mismo la corona, la dió al retórico Eugenio, su secretario privado y ministro de Estado, que gozaba reputación de hombre prudente é instruido.

Teodosio se sintió vivamente afectado por el asesinato vil que había cortado la existencia de su colega y cuñado; pero aguardó para vengarse y mantuvo á Eugenio en la incertidumbre hasta que estuvo pronto á comenzar la guerra civil: después que sus dos valientes generales, Estilicón y Timasio organizaron completamente y disciplinaron las legiones, así como á los bárbaros aliados, les hizo marchar contra el Occidente. Habiendo reducido Argobasto su defensa á las fronteras de Italia, Teodosio se apoderó de toda la Panonia hasta la falda de los Alpes Julios, y vino á presentar batalla á su enemigo en las llanuras de Aquilea, donde alcanzó la victoria. Argobasto se dió muerte (6 septiembre de 394). Eugenio la recibió de mano de los soldados irritados, en presencia de Teodosio.

San Ambrosio, que se había resistido inerte al usurpador, rehusando sus dones y alejándose de Milán para no tener con él relación alguna, fué á llevar á Teodosio el homenaje de las provincias occidentales, y le suplicó que se echara un velo sobre lo pasado.

Muerte de Teodosio.—De esta suerte reunía Teodosio bajo su autoridad á todo el mundo romano. Sus virtudes y su edad hacían concebir venturosas esperanzas, cuando murió (17 de enero de 395) á los cuatro meses de tan insigne victoria. Había repartido el imperio entre sus dos hijos, dando el Oriente á Arcadio, y el Occidente á Honorio, á quien había llamado á Milán, para recibir allí las insignias del poder supremo. Teodosio quiso asistir á los espléndidos juegos celebrados con este motivo, y su salud ya vacilante no pudo resistir á la fatiga: espiró la misma noche. Fué el último emperador que dirigió con mano robusta el gobierno romano, y guió los ejércitos en persona. Amigos y enemigos tuvieron en grande estimación sus virtudes; y al terminar su existencia, la debilidad probable de un Estado dividido, bajo la dirección de dos jóvenes inexpertos, engendró en todos graves zozobras.

Las leyes promulgadas por Teodosio son uno de

sus principales títulos de gloria y en las que se ve patentemente la inspiración del cristianismo. Prohibió solicitar los bienes de los sentenciados por causa de rebelión, en atención á que á veces se obtenía en fuerza de oportunidad, lo que no podía conceder un príncipe justo (18); y esto disminuyó el espionaje, porque muchos se hacían delatores por adquirir los bienes del acusado. Antes de él ingresaban en el tesoro los bienes de los desterrados: ordenó que fueran distribuidos entre el tesoro y el reo, ó sus herederos, y que la herencia entera de un padre que hubiera sufrido la pena capital, pasara á sus hijos (19). Fueron prohibidos los matrimonios entre primos hermanos bajo la excesiva pena de ser quemados vivos, de la confiscación de bienes y de la bastardía de los hijos (20). También se vedó el matrimonio con sobrinas (21), y cuñadas (22), y en general entre cristianos y judíos. Impidióse á estos últimos comprar esclavos cristianos, y permitió á los cristianos dar

libertad sin restricción á los suyos (23). La dulzura y la humanidad fueron recomendadas á los carceleros, que tan poco tienen de ellas comunmente. Debieron visitar los jueces con frecuencia las cárceles, oír las quejas de los presos, y llevar nota exacta de sus reclamaciones. Se prohibió vender, comprar, enseñar tocadoras de instrumentos, llamarlas á los espectáculos y á los banquetes, y tener músicos de profesión dentro de casa, especie de esclavos contra la cual no cesaron de tronar los Padres, como fomentadora de las malas costumbres.

Fuera asimismo injusto olvidar algunas leyes de Graciano, como la que impone á los delatores convictos de calumnia la pena en que hubiera incurrido el acusado (24). Revocó todos los privilegios otorgados á los particulares, con perjuicio de las corporaciones de que eran miembros (25), y relevó de la obligación de obedecer órdenes que los magistrados ó los tribunales pretendieran haberles dado de viva voz el soberano del imperio (26).

(18) *Cod. Teod.*, X, 10, l. 15.

(19) *Cod. Teod.*, l. 8.

(20) *Idem* III, 12, l. 3. Arcadio templó este rigor, aboliendo la pena del fuego. *Cod. Just.*, V, 4, l. 19.

(21) *Cod. Teod.*, III, 12, l. 3.

(22) *Idem* III, 7, l. 2.

(23) *Idem* III, 1, l. 10.

(24) *Cod. Teod.*, IX, 1, l. 14.

(25) *Idem* XI, 1, l. 5.

(26) *Idem* I, 3, l. 1.